

# Las arrugas de los 18 años

Juanma Velasco Centelles

Desde hacía décadas no sentía al espejo de su parte. Tampoco la consolaba el constatar que a los 81, la belleza, en ambos géneros, solo cabía considerarla como vestigio, incluso en las multioperadas; quizá Sofía Loren constituyera la excepción. Pero pese a tanto desperfecto en su fachada y en una estructura amenazada de aluminosis ósea, perseguía minimizar los estragos de la devastación del tiempo mediante la aplicación de una leve capa de algo que casi no llegaba a maquillaje.

Se mimó con los mismos pendientes de la todavía cerveza de los jueves que tomaba acompañada de una galería de viudas (y alguna divorciada tardía) que seguían haciendo buena la greguería de Ramón Gómez de la Serna de que cada español pasea con su viuda.

Una vez finalizado el proceso, fallido, de restauración, se sonrió a sí misma y pese al fracaso siquiera de parecerse a la romana, se percibió insigne, incluso un poco arrogante. Y también, al final de su mirada, estúpida por precisamente haberse percibido insigne.

Mediaba septiembre en los antiguos almanaques e iba a ser hoy su primer día de universidad.

El himen de su indecisión lo rompió, en favor del sí puedo, el hecho de que su colección de neuronas presentaba unas coordenadas de lucidez impropia de sus ocho décadas. Quizá la hubiera conservado saludable cráneo adentro aquella manía de calcularlo todo y la constante ejercitación a la que sometía a su memoria. Mantenía también medio alejada a la lentitud, y la presteza mental la hacía dividir sin calculadora las cuentas de las cervecerías.

Historia del Arte la disciplina elegida. No había podido ejercer su fascinación, sobrevenida ya en la adolescencia, por museos, catedrales y derivados más allá de los pocos viajes que las ataduras a un esposo parapléjico desde la madurez le habían permitido. El predominio de aquel destino aciago le había restado esa autonomía que en más de un episodio de frustración llorada le provocó arcadas fugaces de asesinar a su marido y que pareciera suicidio por hartazgo. Sin embargo, durante los últimos tres años, recuperada su libertad de vuelo tras la entrega final de un numantino Román,

sustituyó un destino por otros escogidos en función del magnetismo artístico que le infundían ciudades o países.

Todavía conducía. Despacio, sin premiosidad, pero despacio, más por prudencia que por merma de reflejos, que también, pero esta no era lo suficientemente caudalosa para ser señalada como anciana al volante, de esas que llevan un *danger* tatuado en el subconsciente del parabrisas trasero.

Quince minutos de trayecto bastaron para que la mordedura tóxica del temblor, suscitado por quizá su exceso de atrevimiento, se le manifestara en unas extremidades cercanas a la quiebra en aquellos momentos en los que, ya aparcada en el campus, se forzó a aplicar su determinación frente a los impulsos de regresar a casa y despertar de la utopía; y se apeó del Opel.

Con las manos entrecruzadas sobre una carpeta sin ídolos masculinos que apoyaba quinceañeramente sobre el pecho, con la mirada impactando sobre el enlosado, sabiéndose observada por quienes se cruzaba ante la imposibilidad de ser confundida siquiera como profesora, procurando que el desasosiego de sus piernas no la hiciera trastabillar, atracó en el vestíbulo de la facultad de Humanas, que no le resultaba desconocido, y se propuso buscar el cubo en forma de aula magna en el que desembocar para dar comienzo oficial al curso.

Rodeada de pechos altivos, de mentones insolentes, de cutis pluscuamperfectos, de pelos incluso lascivos en apariencia, sin pedir ayuda a ninguno de los cientos de universitarios que atronaban la volumetría de la sala con un parloteo no exento de esa remoción emocional del primer día, Adoración por gracia de una posguerra santurrón, Dora para sus coetáneas, enfiló, ausente a todo y a todos, el pasillo que desaguaba en ese aula magna casi despoblada todavía a falta de quince minutos para el inicio de la presentación del grado.

Refugiada en la reflexión y la observación no recurrió a su móvil para mitigar la espera. Los pocos estudiantes tempraneros que habitaban la sala no pudieron sustraerse a la presencia de un retablo como aquel entre el potencial alumnado de su misma especialidad. Quizá algunos se cuchicheasen si aquella viejecita no estaría aquejada de Alzheimer y se habría extraviado en aquel escenario inapropiado para gentes con arrugas en la tráquea. La crueldad y la insolencia suelen adornar también la postadolescencia. No obstante, Adoración no rehuyó la mirada al corrillo de asombrados, incluso les obsequió con una mueca de suficiencia contenida ahora que le había retornado su tradicional coraje. Sus rostros, angelicales todavía los de ellas y

medio lampiños los de bastantes de ellos, convino consigo misma en que delataban que la experiencia no era un baluarte con el que contarán, que pese al aparente desparpajo en actitudes y ademanes, una bandada de tucanes glaciales amenazaba con picotearles la seguridad y producirles una erupción de dudas.

Ajena a las murmuraciones, la antiquísima Adoración se felicitaba, voceándose hacia adentro, por estar allí, adherida a la vida, con sus carnes flácidas reposando en uno de los escaños de la segunda fila, ahíta de orgullo porque su tenacidad la había llevado a superar el curso de acceso para mayores de 25 años y *voilà*. Y aquí anidaba, hecha toda una universitaria indómita, dispuesta a buscar incluso novio entre alguno de aquellos aspirantes a arqueólogos, restauradores, profesores o lo que fuese, se carcajeó silenciosa complacida ante la maldad.

El aula se fue nutriendo de especímenes de alrededor de 18 años hasta casi completar el aforo. Los dos escaños limítrofes de Dora no fueron ocupados por nadie. La vejez no se contagia, musitaba para sí un tanto decepcionada por aquel rechazo subconsciente que provocaba su presencia llamativa en un entorno de tersura. Casi al final, cuando ya el vicerrector de área se disponía a iniciar lo que parecía destinado a ser un parlamento protocolario de acogida, una chica tatuada con el despiste, tras columbrar los huecos, solicitó perdón dos, cinco veces a los ocupantes que se interponían entre el asiento libre situado a la derecha de la anciana y su desplazamiento dificultoso.

—Me llamo Dora. También es mi primer día.

Y quien resultó ser Claudia rechazó la mano que la autonombrada Dora le tendía para decorar sus mejillas con dos besos. A la conversación incipiente la zanjó abruptamente la voz atemorada de aquel maestro de ceremonias que había dirigido varios reojos a la singular alumna de esa segunda fila.

—Me complace daros la bienvenida y abriros la espita de ese gas universitario que deberá arder, con un buen control de llama por vuestra parte, durante los próximos años que esperemos que sean los que requiere la titulación y no más...

Ahora sí, el mosaico estaba completo para Adoración. A partir de ese momento, la responsabilidad lectiva era toda suya, se recetó. Sin embargo, no pudo dejar de pensar en que quizá la irreversible, pese a su excelente salud, sin otros achaques que los erosivos de vivir, pudiera licenciarla antes de tiempo. La fisiología, como su espejo, tampoco estaba de su parte, pero cuando el discurseador mencionó a Miguel Ángel, a Fidias, a Gaudí y a Tiziano, la invasión perniciosa de la muerte se diluyó sin secuelas de tristeza y retomó la atención sin nuevas intromisiones.

Con su voz tronante y sus recursos retóricos, el orador había construido uno de esos silencios colectivos que, de tan frondosos, no parecen propios de gentes poseídas por la procrastinación. Tras deambular por el románico y el gótico con la palabra se concedió una pausa calculada que no quebró la suntuosidad del silencio.

—No quiero despreciar la oportunidad —se retomó— de señalar con el dedo de la admiración a Adoración, creo que los tuyos te llaman Dora —y la aludida, con el semblante colonizado por la sorpresa, asintió—, alguien que con una edad que solo revelará ella, pero que cuando menos triplica la media de la práctica totalidad de vosotros, se ha matriculado en nuestro grado en un ejemplo de entereza vital y de arrojo meditado...

Y el vicerrector prorrumpió en unas palmear *in crescendo* en ritmo y sonoridad que paulatinamente fue ganando adeptos hasta derivar en una de esas ovaciones que se recuerdan frente al fuego y ante los nietos y que consiguió humedecer los cristalinos de una universitaria de pleno derecho que tuvo que corresponder levantándose y agitando con una timidez elegante su mano circular desde el escaño.

—Ha sido usted muy caballeroso con lo de “triplica”, pero apelando a una coquetería que todavía conservo no, no desvelaré mis años. Importan bien poco en este contexto de igualdad académica. Yo, para usted, para el resto, aunque mi imagen exterior sea la de una anciana, también quiero, incluso exijo tener dieciocho años.

Y el catedrático a quien iban destinadas aquellas palabras no pudo menos que dedicarle una reverencia tan entregada como la que un japonés de bien compone ante su emperador.